

LOS HUEVOS DE PASCUA.

POR EL CANONIGO SCHMID.

I.

¡BUEN DIOS! ¿CÓMO ES QUE NO HAY AQUÍ GALLINAS?

En un angosto valle rodeado de florestas y dominado por altas y escarpadas montañas, vivían hace ya muchos siglos unos pobres aldeanos, de oficio carboneros. Sus cabañas estaban diseminadas sin orden alguno á la falda de las laderas; algunos cerezos y perales que los rodeaban, las ponían á cubierto de los ardores del sol; y un pedacito de campo sembrado de trigo, de lino ó de cáñamo, con una vaca y unas cuantas cabras, constituían el patrimonio y la fortuna de cada familia. Estas buenas gentes se procuraban además la subsistencia haciendo carbon para las fraguas y herrerías que había en la montaña; y eran felices á pesar de su estremada pobreza, porque sus deseos se hallaban satisfechos con lo poco que poseían. Su vida, laboriosa, dura y sóbria, les proporcionaba una completa salud; y se encontraba frecuentemente en estas cabañas lo que en vano procuraríamos buscar en los grandes palacios, á saber, ancianos cuya avanzada edad pasaba ya de los cien años.

Un día de aquellos en que la arena comenzaba ya á ponerse pajiza y el calor iba cobrando una fuerza considerable, la hija de uno de los carboneros que se ocupaba en apacentar su pequeño ganado, llega corriendo á la casa de sus padres, casi sin aliento, y les anuncia que habian entrado en el valle unos extranjeros vestidos de una manera rara, y que bablaban un lenguaje desconocido: eran estos una señora de distincion, dos niños, y además un anciano, que aunque tan bien portado como los demás, tenia traza de no ser mas que su criado. «Estos viajeros, añadió la niña, se mueren de hambre y están sufriendo del cansancio. Iba yo buscando una cabra que se me había escapado, cuando los encontré y les enseñé el camino que conduce á este vallado. Seria preciso darles algo de comer y de beber, y ver si podemos ofrecerles un asilo para que pasen la noche en nuestra cabaña en la de alguno de los vecinos.» No bien escucharon sus padres esta triste relacion, cuando, provistos de leche, queso y pan de cebada, corrieron apresuradamente en busca de los extranjeros.

Entre tanto los viajeros se habian sentado junto á una roca poblada de arbustos y matorrales, á cuya sombra respiraban alguna frescura. La señora se habia colocado sobre un risco cubierto de musgo: un velo de gasa fina ocultaba su rostro, y tenia sobre sus rodillas á uno de sus hijos, que era una niña muy juguetona y muy linda. El criado, anciano ya respetable y criado antiguo, se ocupaba en aliviar á su macho de la pesada carga que llevaba; y el otro niño, que era tan alegre como hermoso, cogia cardos para el mulo, el cual los devoraba con una ansiedad inesplicable.

El carbonero y su muger se aproximaron respetuosamente á la forastera; porque en su noble continente y sus blancos y largos vestidos conocieron que debia ser una señora de alta distincion. «Mira, mira, le decia la carbonera á su marido, qué collares tan lindos, qué finos encajes, por entre los cuales apenas se ven sus delicadas manos, y qué zapatos!... tan blancos como las flores de nuestros cerezos y llenos de bordados de plata!» Pero su marido la impuso silencio, y no re- flexionas que las personas de distincion tienen que llevar también ricos vestidos; pero el vestido no hace al hombre de mejor condicion, y su elegante calzado no le ha impedido á esta buena señora dar mucho strapiés en estos malos caminos.»

El carbonero y su muger ofrecieron á los extranjeros la leche, el pan y el queso. La señora se levantó el velo, y ambos quedaron admirados de la dulzura y la nobleza de su semblante. Ella les dio miles de gracias, hizo beber leche de cabras en una escudilla de tierra á la niña, y lágrimas de dulce consuelo bañaban sus sonrojadas mejillas, cuando vió que la niña tenia el vaso con su misma manecita y bebía con la mayor ansiedad.

También se acercó á ella su hermoso niño y bebió leche: despues les dió á cada uno de ellos un pedecito de pan, y ya no pensó más que en cuidarse á sí misma y saciar su apetito. El anciano se contentó con un vaso de leche y el queso, del que comió en abundancia.

Entre tanto que comian, llegaron al ruido de la noticia todos los habitantes de las chozas vecinas, los cuales se reunieron alrededor de los forasteros formando un círculo, y les miraban con tanto asombro como curiosidad.

Cuando el anciano hubo satisfecho su apetito, se dirigió á aquellos honrados aldeanos, suplicándoles que le cediesen un cuarto en alguna de sus cabañas para la señora y sus niños; añadiéndoles que su estancia no les seria gravosa, porque ella les pagaria religiosamente lo que conviniesen. «¡Oh! sí, les dijo la señora con una voz dulce y penetrante, tened compasion de una madre con dos hijos á quienes una desgraciada suerte los ha arrojado de su patria y de sus hogares.»

Los hombres se reunieron entonces para deliberar sobre lo que debian resolver.

En el hondo de este solitario valle se escapaba por entre unas rocas de mármol rojizo un arroyo bastante caudaloso, que formaba vistosas cascadas, precipitándose de roca en roca con abundante espuma, y daba vueltas á la rueda de un molino, que parecia allí como suspendido en medio de las rocas. Hacia la otra parte del arroyuelo habia construido el molinero una linda casita: era, es verdad, de madera sola, como todas las demas cabañas de aquel valle; pero estaba toda cubierta de copudos cerezos, la rodeaba un lindo jardincito, y descubria además una vista encantadora. El molinero se apresuró á ofrecerla á la forastera por si gustaba habitarla.

«Mi casita, que veis allá arriba, le dijo señalándola con la mano, está enteramente nueva; yo os la cedo de buena voluntad tal como es. Nadie ha vivido en ella todavía, porque la he hecho construir para habitarla yo mismo el día en que ceda el molino á mi hijo. Parece que el Señor la tenia destinada para vos, y yo le doy gracias por ello; porque ayer se ha acabado, y desde hoy podeis ya entrar en ella, lo mismo que si se hubiera hecho para vos espresamente. Estoy bien seguro de que os gustará.»

La buena señora quedó encantada de esta oferta tan cariñosa, y despues de descansar algunos instantes, se dispuso á subir á su nueva casa. Tomó la niña en sus brazos, el anciano llevaba de la mano al niño, y el molinero se encargó del macho. La señora encontró, con gran satisfaccion del molinero, muy cómoda y agradable aquella casita, que se hallaba ya provista de una mesa y algunas sillas y unas tablas de cama. Ella habia traído en su macho tapices magníficos y ropa blanca muy fina. Así que, pudo pasar allí la noche cómodamente, y antes de acostarse, ella y sus niños dieron gracias á Dios con toda la efusion de su alma de haberles ayudado á encontrar, despues de andar errantes por tan largo tiempo, un asilo tan cómodo y agradable.

«¿Quién hubiera imaginado jamás que yo, criada y educada en los palacios, me habia de creer algun día feliz en ser recogida en una cabaña como esta? ¡Ah! y cuánta necesidad tienen los grandes de ser caritativos y bondadosos para con sus inferiores! Aun cuando sus corazones se hubiesen endurecido hasta el punto de no hacerlo por humanidad, lo deberian hacer siquiera por prudencia, porque nadie sabe lo que puede un día sucederle.»

A la mañana siguiente la señora salió muy temprano con sus dos niños para reconocer un poco los alrededores, que el cansancio les habia impedido visitar el día anterior. Sorprendidos quedaron al contemplar el hermoso cuadro que se presentaba á sus ojos. Las cabañas, ya solas, ya reunidas en grupos, aparecian como sembradas en aquel verdoso valle; por en medio de ellas serpenteaba la corriente pura y plateada del arroyo, y las rocas, ostentando una infinita variedad de formas y de colores, estaban cubiertas de malezas y de arbustos que mordian las cabras. Este magnífico cuadro, iluminado ahora con los primeros rayos del sol naciente, presentaba un conjunto tan hermoso y tan imponente, como no hubiera podido soñarlo nunca la imaginacion del mas hábil pintor.

Así que el molinero divisó por entre los montes á la señora y los niños, salió á toda priesa del molino y atravesó el estrecho puente que conducia al otro lado del rio.—¿No es cierto, les dijo así que estuvo cerca de ellos, que no podria encontrarse en todo el valle un sitio mas agradable y ameno? Aquí es donde vienen á herir siempre los primeros rayos del sol con su luz deliciosa; y muchas veces cuando en el hondo del valle estan las chimeneas de las cabañas cubiertas de espe-

118869000
1069819

LOS HUEVOS DE PASCUA.

POR EL CANONIGO SCHMID.

I.

¡BUEN DIOS! ¿CÓMO ES QUE NO HAY AQUÍ GALLINAS?

En un angosto valle rodeado de florestas y dominado por altas y escarpadas montañas, vivían hace ya muchos siglos unos pobres aldeanos, de oficio carboneros. Sus cabañas estaban diseminadas sin orden alguno á la falda de las laderas; algunos cerezos y perales que las rodeaban, las ponían á cubierto de los ardores del sol; y un reducido campo sembrado de trigo, de lino ó de cáñamo, con una vaca y unas cuantas cabras, constituían el patrimonio y la fortuna de cada familia. Estas buenas gentes se procuraban además la subsistencia haciendo carbon para las fraguas y herrerías que había en la montaña; y eran felices á pesar de su estremada pobreza, porque sus deseos se hallaban satisfechos con lo poco que poseían. Su vida, laboriosa, dura y sóbria, les proporcionaba una completa salud; y se encontraba frecuentemente en estas cabañas lo que en vano procuraríamos buscar en los grandes palacios, á saber, ancianos cuya avanzada edad pasaba ya de los cien años.

Un día de aquellos en que la avena comenzaba ya á ponerse pajiza y el calor iba cobrando una fuerza considerable, la hija de uno de los carboneros que se ocupaba en apacentar su pequeño ganado, llega corriendo á la casa de sus padres, casi sin aliento, y les anuncia que habían entrado en el valle unos extranjeros vestidos de una manera rara, y que bablaban un lenguaje desconocido: eran estos una señora de distinción, dos niños, y además un anciano, que aunque tan bien portado como los demás, tenía traza de no ser mas que su criado. «Estos viajeros, añadió la niña, se mueren de hambre y están rendidos del cansancio. Iba yo buscando una cabra que se me había descarriado, cuando los encontré y les enseñé el camino que conduce á este vallado. Sería preciso darles algo de comer y de beber, y ver si podemos ofrecerles un asilo para que pasen la noche en nuestra cabaña ó en la de alguno de los vecinos.» No bien escucharon sus padres esta triste relación, cuando, provistos de leche, queso y pan de cebada, corrieron apresuradamente en busca de los extranjeros.

Entre tanto los viajeros se habían sentado junto á una roca poblada de arbustos y matorrales, á cuya sombra respiraban alguna frescura. La señora se había colocado sobre un risco cubierto de musgo: un velo de gasa fina ocultaba su rostro, y tenía sobre sus rodillas á uno de sus hijos, que era una niña muy juguetona y muy linda. El criado, anciano ya respetable y criado antiguo, se ocupaba en aliviar á su macho de la pesada carga que llevaba; y el otro niño, que era tan alegre como hermoso, cogía cardos para el mulo, el cual los devoraba con una ansiedad inesplicable.

El carbonero y su muger se aproximaron respetuosamente á la forastera; porque en su noble continente y sus blancos y largos vestidos conocieron que debía ser una señora de alta distinción. «Mira, mira, le decía la carbonera á su marido, qué collares tan lindos; qué finos encajes, por entre los cuales apenas se ven sus delicadas manos, y qué zapatos!... tan blancos como las flores de nuestros cerezos, y llenos de bordados de plata!» Pero su marido la impuso silencio, y la reprendió diciéndola: «Tú no piensas mas que en vanidades, y no reflexionas que las personas de distinción tienen que llevar también ricos vestidos; pero el vestido no hace al hombre de mejor condición, y su elegante calzado no le ha impedido á esta buena señora dar mucho strapués en estos malos caminos.»

El carbonero y su muger ofrecieron á los extranjeros la leche, el pan y el queso. La señora se levantó el velo, y ambos quedaron admirados de la dulzura y la nobleza de su semblante. Ella les dió miles de gracias, hizo beber leche de cabras en una escudilla de tierra á la niña, y lágrimas de dulce consuelo bañaban sus sonrojadas mejillas, cuando vió que la niña tenía el vaso con su misma manecita y bebía con la mayor ansiedad.

También se acercó á ella su hermoso niño y bebió leche: despues les dió á cada uno de ellos un pedacito de pan, y ya no pensó mas que en cuidarse á sí misma y saciar su apetito. El anciano se contentó con un vaso de leche y el queso, del que comió en abundancia.

Entre tanto que comían, llegaron al ruido de la noticia todos los habitantes de las chozas vecinas, los cuales se reunieron alrededor de los forasteros formando un círculo, y les miraban con tanto asombro como curiosidad.

Cuando el anciano hubo satisfecho su apetito, se dirigió á aquellos honrados aldeanos, suplicándoles que le cediesen un cuarto en alguna de sus cabañas para la señora y sus niños; añadiéndoles que su estancia no les seria gravosa, porque ella les pagaria religiosamente lo que conviniere. «¡Oh! sí, les dijo la señora con una voz dulce y penetrante, tened compasión de una madre con dos hijos á quienes una desgraciada suerte los ha arrojado de su patria y de sus hogares.»

Los hombres se reunieron entonces para deliberar sobre lo que debían resolver.

En el hondo de este solitario valle se escapaba por entre unas rocas de mármol rojizo un arroyo bastante caudaloso, que formaba vistosas cascadas, precipitándose de roca en roca con abundante espuma, y daba vueltas á la rueda de un molino, que parecia allí como suspendido en medio de las rocas. Hacia la otra parte del arroyuelo había construido el molinero una linda casita: era, es verdad, de madera sola, como todas las demas cabañas de aquel valle; pero estaba toda cubierta de copudos cerezos, la rodeaba un lindo jardincito, y descubria ademas una vista encantadora. El molinero se apresuró á ofrecerla á la forastera por si gustaba habitarla.

«Mi casita, que veis allá arriba, le dijo señalándola con la mano, está enteramente nueva; yo os la cedo de buena voluntad tal como es. Nadie ha vivido en ella todavía, porque la he hecho construir para habitarla yo mismo el día en que ceda el molino á mi hijo. Parece que el Señor la tenía destinada para vos, y yo le doy gracias por ello; porque ayer se ha acabado, y desde hoy podeis ya entrar en ella, lo mismo que si se hubiera hecho para vos espresamente. Estoy bien seguro de que os gustará.»

La buena señora quedó encantada de esta oferta tan cariñosa, y despues de descansar algunos instantes, se dispuso á subir á su nueva casa. Tomó la niña en sus brazos, el anciano llevaba de la mano al niño, y el molinero se encargó del macho. La señora encontró, con gran satisfacción del molinero, muy cómoda y agradable aquella casita, que se hallaba ya provista de una mesa y algunas sillas y unas tablas de cama. Ella habia traído en su macho tapices magníficos y ropa blanca muy fina. Así que, pudo pasar allí la noche cómodamente, y antes de acostarse, ella y sus niños dieron gracias á Dios con toda la efusión de su alma de haberles ayudado á encontrar, despues de andar errantes por tan largo tiempo, un asilo tan cómodo y agradable.

«¿Quién hubiera imaginado jamás que yo, criada y educada en los palacios, me habia de creer algun día feliz en ser recogida en una cabaña como esta? ¡Ah! y cuánta necesidad tienen los grandes de ser caritativos y bondadosos para con sus inferiores! Aun cuando sus corazones se hubiesen endurecido hasta el punto de no hacerlo por humanidad, lo deberían hacer siquiera por prudencia, porque nadie sabe lo que puede un día sucederle.»

A la mañana siguiente la señora salió muy temprano con sus dos niños para reconocer un poco los alrededores, que el cansancio les habia impedido visitar el día anterior. Sorprendidos quedaron al contemplar el hermoso cuadro que se presentaba á sus ojos. Las cabañas, ya solas, ya reunidas en grupos, aparecían como sembradas en aquel verdoso valle; por en medio de ellas serpenteaba la corriente pura y plateada del arroyo, y las rocas, ostentando una infinita variedad de formas y de colores, estaban cubiertas de malezas y de arbustos que mordían las cabras. Este magnífico cuadro, iluminado ahora con los primeros rayos del sol naciente, presentaba un conjunto tan hermoso y tan imponente, como no hubiera podido soñarlo nunca la imaginación del mas hábil pintor.

Así que el molinero divisó por entre los montes á la señora y los niños, salió á toda priesa del molino y atravesó el estrecho puente que conducía al otro lado del río.—¿No es cierto, les dijo así que estuvo cerca de ellos, que no podría encontrarse en todo el valle un sitio mas agradable y ameno? Aquí es donde vienen á herir siempre los primeros rayos del sol con su luz deliciosa; y muchas veces cuando en el hondo del valle están las chimeneas de las cabañas cubiertas de espe-



do todos sus bienes; y ha puesto en fuga al traidor Hanno, que se ha salvado con sumo trabajo en estas montañas, habiendo tenido ya que huir mas lejos. El único deseo del valiente Arno es ya tan solo el de volver á encontrar su adorada esposa.

«¡Oh Dios! exclamó Rosalinda: ¡qué noticia tan feliz! ¡Oh, yo te doy gracias, Dios mio!» y cayendo sobre sus rodillas comenzó á derramar lágrimas abundantes.—«Sí, prosiguió: tú has visto correr mis lágrimas, has oído mis sollozos y has escuchado mis ruegos; yo te doy las gracias ¡oh Dios mio! ¡Arno! ¡Arno! que llegue el instante feliz en que pueda volver á verte, y colocar en tus brazos á nuestros queridos hijos, tan jóvenes aun á tu partida, para que tú puedas oír por la primera vez de sus inocentes lábios el dulce nombre de padre.»

—«¿Dudais aun, le dijo entonces al peregrino, si pienso todavía en mi esposo, y si su memoria no se ha borrado de mi corazón?... Venid, venid, hijos míos, gritó ella á Edmundo y á Blanca que se mantenían á cierta distancia y miraban cuidadosamente al recién llegado: venid pronto.» Y los niños se acercaron corriendo.

—«Tú, Edmundo, le dijo la señora abrazándolo y tranquilizándolo para que nada temiese y hablase con toda confianza, repite delante de este señor la súplica que todas las mañanas dirigimos á Dios por tu padre. El niño se arrodilló como tenia costumbre de hacerlo siempre, aun cuando la recitaba para aprenderla de memoria, cruzó piadosamente las manos, y despues levantando los ojos al cielo, dijo con emocion: ¡Oh señor nuestro, que estás en los cielos! dignate tender una mirada de compasion sobre estos dos huérfanos! No permitas que nuestro padre perezca en los combates. Nosotros prometemos ser buenos para regocijar su corazón cuando nos hayas concedido la gracia de volver á verle. ¡Oh Dios de bondad! Escucha nuestro ruego.»

—«Y tú, Blanca, le dijo en seguida á la preciosa niña con sus blondos cabellos y sus mejillas de color de rosa, di cómo pedimos á Dios por tu padre antes de acostarnos.» Blanca cruzó sus manecitas como su hermano, levantó al cielo sus ojitos azules, y dijo con una voz dulce y tímida: «Señor nuestro que estás en los cielos, antes de entregarnos al sueño, te pedimos por nuestro padre que está sobre la tierra.»

Al contemplar este espectáculo, ya no pudo el desconocido contener las lágrimas que brotaban de sus ojos. Despójase en un momento de todo su traje de peregrino, su barba, su blanca cabellera y su baston de camino, y apareció bajo aquella ropa un caballero joven y hermoso, lleno de vigor y de vida, cubierto de oro y de piedras preciosas: tiende sus brazos hácia la señora y los niños, y esclama con un acento conmovido: «¡Oh Rosalinda, mi esposa! ¡Edmundo, Blanca, mis hijos queridos!»

Rosalinda, fuera de sí de alegría al ver esta repentina aparicion, se quedó como cortada. Los niños, que al ver las lágrimas del peregrino, se habian vuelto hácia su madre como pidiéndole algun consuelo para este hombre, se separaron al oírle pronunciar sus nombres, y se quedaron atónitos al ver aquel milagro, porque ellos creían que de anciano se habia convertido repentinamente en un ángel del cielo; tan hermoso les pareció su padre en aquel momento. Las leyendas milagrosas que su madre les habia contado algunas veces, fortalecian mas y mas su creencia; y Arno pasaba en efecto por el guerrero mas hermoso del ejército cristiano. ¡Cuál fué su alegría cuando su madre les dijo que este bizarro caballero era el buen padre de quien ella les habia hablado tantas veces!

Arno contó á su familia que habia venido á toda prisa con una numerosa escolta, con el único fin de encontrarla; pero que la dificultad de aquellos caminos le habia obligado á dejar su comitiva á alguna distancia, y se habia adelantado solo y á pié con el traje de peregrino (del cual se servian entonces con mucha frecuencia las personas de distincion que viajaban de incógnito), á fin de poder llegar mas pronto á su lado á favor de este piadoso disfraz, informarse de la salud de ella y de sus niños, y prepararla á esta repentina vuelta.—Rosalinda le preguntó cómo habia llegado á descubrir su retiro.

«Oh Rosalinda! le respondió: nuestra reunion es debida á tu caridad para con los pobres, y sobre todo con los muchachos de este valle: esta caridad es el medio de que Dios se ha servido para volver á este padre al seno de sus hijos. Sin tus generosos sentimientos no nos hubiéramos visto tan pronto, y quizá jamás; porque tus enemigos te rodeaban por todas partes, y hubieras caído en su poder muy fácilmente.—Despues de mi llegada á estas montañas con mis soldados, es cuando Hanno y los suyos les han abandonado. Mira, añadió enseñándole el huevo pintado que llevaba esta divisa:

El que en Dios ha confiado
No se verá abandonado.

«Este huevo ha sido en las manos de Dios el instrumento de nuestra reunion. Hace mucho tiempo que yo enviaba muchas gentes en busca tuya; pero siempre en vano. Al fin un día ví llegar de una de sus expediciones á Egherto mi escudero, cuya larga ausencia me habia hecho considerarle como perdido. Habia caído en un precipicio, y en él hubiera fallecido de hambre, si un joven desconocido no le hubiera salvado la vida por medio de algunos huevos que le suministró.

Este joven le dejó ademas en memoria de su buena accion un huevo, en el cual estaba escrita esta máxima. ¡Gran Dios! Cuál fué mi sorpresa al reconocer en él tu letra al primer golpe de vista. Al momento montamos á caballo, y nos dirigimos á toda prisa hácia la cantera de mármol en que trabajaba el buen joven, y él nos enseñó el camino que conduce á tu retiro. Así, ya tú ves que si no hubieras tenido la ingeniosa idea de dar á los niños esta diversion con el festejo de los huevos pintados; si no hubieras añadido á este beneficio el de suministrar buenas lecciones á su entendimiento, y dirigir su corazón por medio de estas bellas sentencias; y si por último, vosotros, Edmundo y Blanca, mis queridos hijos, no hubiérais sido compasivos para con el pobre extranjero, no habria llegado aun este venturoso día. Todas las obras buenas, por pequeñas que en sí sean, llevan siempre consigo la bendicion del cielo, con tal que salgan de un corazón puro, y que se hagan sin la esperanza de una recompensa. Es un grano de siembra que produce frutos abundantes y copiosos. Las buenas obras reciben siempre, por la voluntad de Dios, su galardón sobre la tierra. Tenedlo siempre presente, queridos hijos míos. Dad limosna á los pobres, de buen corazón: haced por proporcionar á los demas todas las recompensas de que se hallan privados: asemejaos á vuestra buena madre: ayudadlos en sus necesidades, y vosotros mismos sereis un día socorridos. Sed misericordiosos, y alcanzareis así misericordia. Entonces podreis confiar tranquilos en la Providencia, y el porvenir realizará en vosotros la verdad eterna, escrita sobre la frágil cáscara de este huevo: verdad, cuya benéfica influencia experimentamos hoy mismo. Dios no deja nunca desamparados á los buenos: vuestra historia misma lo prueba demasiado bien; y para recuerdo de ella haré engastar este huevo en oro y perlas, y lo colgaré en el altar de nuestro oratorio.

Entre tanto se iba acercando ya la noche, y algunas estrellas comenzaban á lucir. El conde Arno, precedido de sus niños y acompañado de Rosalinda, volvió á su habitacion campestre, donde les aguardaba un nuevo motivo de alegría. El escudero Egherto y su libertador Fridolin, que habian ya llegado, se estaban entreteniendo con el anciano Kuno, quien al oír la noticia de la vuelta de su amo, habia vuelto á recobrar sus fuerzas y aun la salud. El buen Fridolin se dirigió el primero á su encuentro: la saludó á ella y á sus niños como á anti-guos conocidos, y les dió una sencilla y cordial enhorabuena por las felicidades que Dios les habia concedido en aquel día. Acercóse en seguida Egherto, el escudero á quien los huevos habian vuelto á la vida, ó inclinándose con respeto, le dijo: permitidme, graciosa condesa, que bese la mano bienhechora de que Dios se ha servido para proteger mi existencia. El conde abrazó á Kuno como el mas fiel de sus servidores, y estrechó cordialmente, lleno de la mas dulce emocion, la mano del honrado molinero, el cual para asistir mas dignamente á esta dichosa fiesta de familia, se habia puesto el vestido de los domingos. Todos cenaron juntos aquella noche, con el corazón lleno de alegría y de ternura.

A la mañana siguiente el valle todo entero resonaba con los gritos y cánticos de alegría. La nueva de la llegada de un grande y poderoso señor, que era el esposo de la señora, puso á todo el mundo en conmocion. Grandes y pequeños corrieron todos á verle, y rodearon la casa por todas partes. El conde salió con su esposa y los niños, saludó con cariño á todas estas buenas gentes, y les dió gracias por todo lo que habian hecho en obsequio de la condesa y de sus hijos. ¡Oh! no somos nosotros los bienhechores, exclamaron todos con las lágrimas en los ojos. Es ella la que nos ha colmado de beneficios.

En el entre tanto iba llegando la comitiva del conde, á la cual los carboneros le habian enseñado el camino. Al sonido de la trompeta aparecieron repentinamente entre dos montañas pobladas de árboles que cercaban el valle, una multitud de escuderos á pie y á caballo, cuyas lanzas y armaduras brillaban al reflejo de los rayos del sol. Todos saludaron á la condesa con las mayores demostraciones de alegría; y los ecos de las rocas, como si hubiesen querido manifestar también su alegría, repetían sus continuas aclamaciones, hasta perderse su voz en las dilatadas honduras de los valles.....

Arno permaneció aun algunos dias en el valle; el día antes de partir con su familia y acompañamiento dió una magnífica comida á todos sus habitantes. El molinero y los carboneros estaban sentados entre los caballeros y los escuderos vestidos de oro y de brillantes armaduras, y la mesa presentaba así un aspecto mucho mas variado.—Al fin de la comida, el conde hizo ricos presentes á estos huéspedes; y principalmente al molinero. Marta se quedó al servicio de Rosalinda; la suerte de la madre del buen Fridolin y de sus hermanos quedó asegurada; y al despedirse Arno les dijo dirigiendo las palabras á los hijos de los carboneros: «Quiero, buenos amigos míos, hacer una pequeña fundacion en memoria de la estancia de mi muger y mis hijos en este valle. Todos los años se distribuirán huevos de color.»

—«Y yo, dijo la condesa, quiero hacer esta costumbre estensiva á todo nuestro condado, y celebraré las Pascuas en memoria de mi libertad, distribuyendo á todos los niños huevos pintados.»

Así se verificó en efecto, y se les llamaba *Huevos de Pascuas*: esta costumbre se propagó poco á poco en todo el país.